

Apenas la capital realice esta organización, las demás poblaciones seguirán el mismo camino. ¿Fuera de París se podían encontrar elementos de fuerza republicana?

La palabra de Brissot, por la cual fué tan atacado, era admisible en el 89. *La salud pública...* Organicemos á París y las demás federaciones provinciales imitarán, reproducirán. A pesar del rey, de la Asamblea, la Francia entera, como llevada por una misma corriente, marcha solemnemente hacia la República.

Nada se ha dicho tan elocuente acerca de la unidad de la patria, sobre la indivisibilidad de la República, como los discursos de la Gironda.

Tanto amaron la unidad que murieron los girondinos por ella. Vergniaud, el 20 de Abril, cuando muchos de sus amigos querían que se convocara á las asambleas primarias, dijo que esta convocatoria salvaría á la Gironda, pero podría perderse la Francia. Hacer un llamamiento al pueblo en el momento mismo en que iba á estallar la guerra civil, era muy peligroso.

Sobrevenía la invasión; los girondinos no hicieron objeción alguna el día en que la Asamblea fijó su criterio; aceptaron silenciosamente el gran discurso del heroico orador y se desautorizaron, salvando y sancionando con su muerte la unidad fundada por ellos.

Uno de ellos, Rabaud Saint-Etienne, el 9 de Agosto del 91, hizo proclamar la *unidad indivisible* de la Francia.

Condorcet, en un admirable opúsculo, afirma que París era el instrumento de esta unidad.

La admiración de París por Lafayette era un justo motivo de suspicacia de las provincias contra la capital. Camilo Desmoulins y Marat, por esta razón, lanzaron contra París el 91 los más atroces anatemas: «Confío en los departamentos—dice Marat—no en los imbéciles parisienses.» «¡París, París—dice Desmoulins—cuidado que no adviertan tu conducta en los departamentos!... ¡Tú necesitas de ellos para existir; ellos no necesitan de tí para ser libres!...»

Después del 17 de Julio, dice «que París verá como los departamentos, indignados, lo abandonan por su corrupción si se constituyen en *Estados Unidos*.»

Ocurría esto en el 91. París, por sus grandes esfuerzos, estaba fatigado, debilitado. Los departamentos, precisa decirlo, comenzaban á desempeñar su papel. Muchos hicieron sacrificios sobrehumanos: Marsella, Burdeos, el Jura, levantaban gentes en armas, los pagaban, gastando enormes cantidades, durante el año 92. Los departamentos obtuvieron una parte de gloria en la jornada del 10 de Agosto; fué menos apreciable la parte que les correspondía por los hechos del 2 de Septiembre; se cometió la injusticia de no citar en elogio más que á París.

En la espantosa crisis por que atravesaba París, se vió obligado á apelar al patriotismo de las localidades, y obligado también á tener fe

en el espíritu de los departamentos. A este accidente circunstancial se le puso el nombre de federalismo. Uno de los hombres menos separados de la derecha de la Revolución, Cambon generalizó estas ideas. Marat mismo en el 27 de Marzo del 93, cuando el comité de defensa, alarmado por la situación pidió auxilio á los ministros y á la Comuna, Marat, repetimos, dijo que en tal crisis la soberanía del pueblo no era indivisible, que cada comuna era soberana de su territorio y que el pueblo podía tomar las medidas que estimara buenas á su salud y su reposo.

La Gironda, en Septiembre del 92, á la entrada de los prusianos, pensó un momento abandonar París, anárquico y furioso, difícil de defender, casi imposible de sostenerse frente al enemigo. Algunos diputados del Mediodía, de indiscutible valor, Barbaroux, entre otros, mostraban á madama Roland cartas que se recibían de pueblos eminentemente republicanos, que prestaban todo su apoyo á la patria. Se trató de llevar al Loira la gran línea de defensa, que sirvió otra vez á Carlos VI, en su extrema debilidad, para defenderle contra los ingleses dueños absolutos del Norte.

Danton se opuso con energía. Aquel día se demostró que el genio de la Revolución no residía en los girondinos; pero por su patriotismo, su heroísmo, su pureza, nadie estudiará su historia sin sentir admiración y respeto.

He aquí el fondo de las cosas. Los girondinos eran inocentes; querían la unidad aun á trueque de la muerte y se sacrificaron.

¿Luego las violentas acusaciones y calumnias de la Montaña eran una falsedad? Seguramente asombrará nuestra contestación.

No, la Montaña no calumnió á la Gironda.

Los girondinos, unitarios de corazón, iban arrastrados por la fatalidad á un federalismo involuntario.

Los jefes de los departamentos, los notables, los ricos, todos los amigos tibios de la República, los realistas disfrazados, todos se llamaban girondinos. Su disposición era muy peligrosa y á propósito para debilitar el nervio de la Revolución, disminuir la influencia central y aumentar la fuerza local que era la suya. Estos hombres en general eran enemigos de la unidad.

He aquí, pues, los girondinos, una treintena de abogados, de gentes de letras, los fundadores de la República, los promovedores de la gran guerra, los creadores de la igualdad, los forjadores de picas, los que hicieron el 10 de Agosto; he aquí los infortunados, reconocidos de bueno ó mal grado por los jefes de los ricos, los jefes de los tibios de que antes hablábamos; de los patriotas hipócritas, los jefes de todos los que sostuvieron el caciquismo local contra la unidad de la patria.

En Abril-Mayo del 93 su situación fué comprometida, terrible... Entonces se les escapan gritos de venganza, imprudentes llamamientos á las regiones... Ya no dudaron más, quisieron morir; tenían sed de su propia sangre.

La Montaña podía matarlos, pero no debía tolerar que se los insultase. ¿Ultrajada en ellos la representación nacional no era denigrar la de todos? El furor de la Montaña contra los federalistas fué tan ciego, tan rayano á la locura, que ni siquiera advertía que caía ella á cada instante en el defecto político que censuraba á las demás. ¿Si el federalismo es la disgregación, la exclusión, el aislamiento, no es peor el federalismo de una ciudad que quiere gobernar á toda una nación? ¿Qué digo? En esta misma capital una sola sección se alzó, por decirlo así, contra todas las demás. La sección de los Cordeleros, por ejemplo, censuró las sentencias, las modificó é hizo llevar los libros del registro. Algunas secciones que á cada instante llegaban á la que comunicaba órdenes no representaban más que exiguas minorías. La parte mandaba al todo, pero la parte era imperceptible, téngase en cuenta. Se dirá que esta parte era la compuesta por los patriotas, por los bien intencionados; pero en fin, esta parte no podía gobernar como no fuera dando un solemne mentís á los puros principios republicanos, á la soberanía del pueblo.

¡Yo no acuso ni á unos ni á otros! ¡Es el tiempo que estudia el carácter de nuestra Revolución! El elevado ideal moderno, la unidad de un inmenso imperio regido por la ley, sólo se entrevió el 89; en el 92 se busca su realización. ¿Quién interviene para acelerar este movimiento? ¿La precipitación que el hombre imprime á sus actos? No; los acontecimientos. La misma monarquía al verse amenazada, al llamar al extranjero en su favor, lleva á la Francia hacia el camino de la República, arrojando á la nación en la aventura del 93, buscando un nuevo mundo, el mundo de la unidad, en beneficio del porvenir.

¡La unidad! ¡El sueño eterno del linaje humano! El día en que se creyó poseerla, cuando se creyó poderla realizar en la sociedad que desde el 89 manejaba los destinos del mundo, todos se estremecieron de placer. La alegría les dió vértigo. Nadie hubo que al ofrecer Dios esta copa se mojara los labios impunemente.

Una embriaguez salvaje, como las de los antiguos misterios divinos, se apoderó de los filósofos, de los racionalistas, haciéndoles delirar. La unidad de la patria fué para ellos la sola vida real. Aniquilar este dogma, de cerca ó de lejos, era á sus ojos asesinar á la misma patria y merecía tres veces la muerte. Este es el secreto de cuantas tragedias tengo que contar.

Lo que caracteriza á esta época es que, á pesar de de la impaciencia que reina, se espera que la unidad llueva hecha del cielo y se aplique como si fuera un milagro. En su ingenua fe hacia las leyes, creían que una vez implantada la unidad existiría; no parecía que se daban cuenta exacta de los medios que había necesidad de emplear. La unidad, antes que se decreta desde lo alto, ha de existir, ha de florecer entre los ciudadanos, en el fondo de las voluntades humanas; es la flor de las creencias nacionales.

Modificar estas creencias, es obra del tiempo sin duda y no se puede acusar al legislador que no puede encerrar los siglos en una ley. Sin embargo, nada nos dispensará el estudio del trabajo que entonces se hizo, su verdadero fondo, mejor dicho. Existen dos partidos y ninguno de los dos se da cuenta exacta del hecho que realiza. La obra social y religiosa es grandiosa, pero no lo saben del todo. Ignoraban que su misión no era la de repetir vagamente, como el cristianismo, la palabra unidad. Su misión era buscar efectivamente la unidad, pero por medios serios, grandes y dignos. El cristianismo fracasó en esta tentativa; bajo su dominación, la más fuerte y absoluta—hemos visto como se fundían dos pueblos en uno—el pueblo pequeño que solo ha seguido la vida llamada de la civilización, que ha creado la literatura de los Racine y de los Boileau, y el gran pueblo de abajo (que es casi todo el mundo) abandonado, inculto, casi sin comunicación con el otro pueblo, sin lengua común, sin una educación común; hablando sus dialectos, rezando sin que nadie los entienda y sin que la Iglesia misma comprenda lo que rezan.

¡Espectáculo impío, bárbaro, que causa dolor á quien siente en su corazón la menor chispa de amor á Dios!

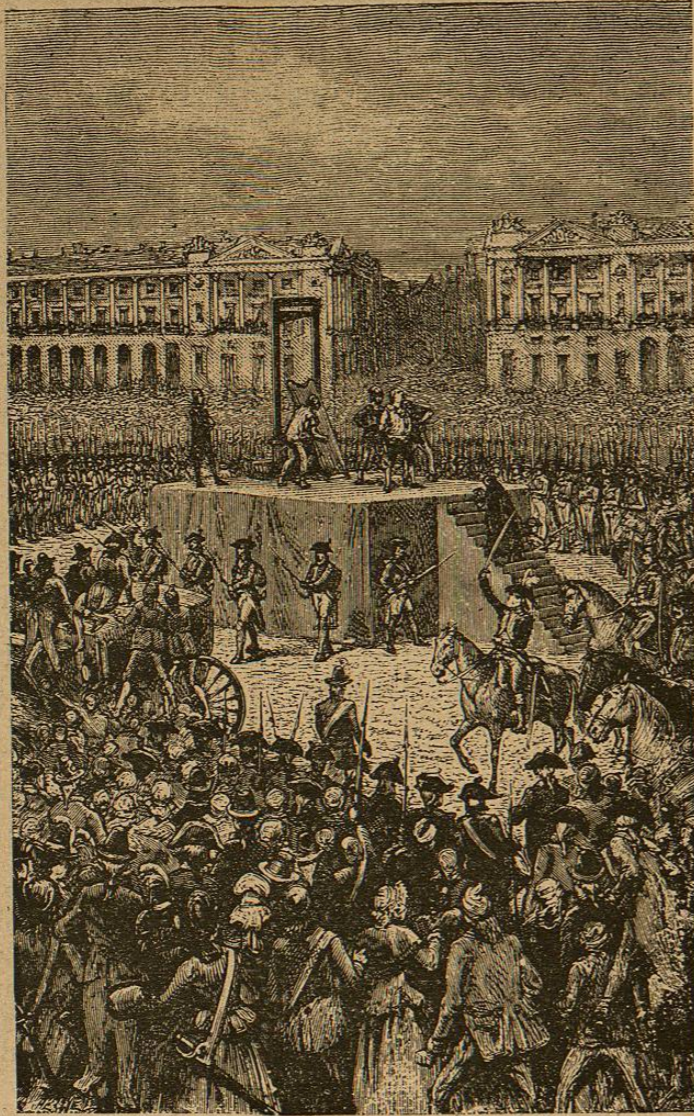
El problema de la Revolución, era crear un alma é infundirla al cuerpo social. La ley supone una educación que ha de tener precisamente el origen de la misma ley, y esta educación implica principios fijos, sociales y religiosos.

Un velo encubre esta cuestión á los hombres del 93. Marchaban arrogantes, sin vacilar, á la consecución de su ideal sublime, la ley soberana del mundo, sin distinguir bien la vasta región que los separaba de este fin, la región de los artes infinitos que ha creado la civilización y la educación para preparar los hombres á más grandes evoluciones. Entrevieron un punto, un medio; la instrucción y el teatro, pero no podían precisar qué métodos de enseñanza privarían.

La primera tentativa de un plan de educación ha hecho la gloria de Lepelletier Saint-Fargeau. Este hombre honrado se elevó sobre sí mismo y trazó un plan de educación que era como una continua serie de reflejos de su extraordinaria bondad. Verdadero representante de la Revolución, no era indigno de morir por ella. El realismo arrancó esta vida que contenía la más generosa resolución, el más humano y delicado proyecto.

Lepelletier en este proyecto, poco literario de forma, admirable por su intención práctica, establece que se trate más pronto de atender á la educación que á la instrucción: confiesa que no tiene esperanzas de la fundación de una ley igualitaria para educación nacional. La sociedad debe proporcionar esta educación—pero no la sociedad solo (como en las instituciones de Licurgo), *la sociedad con la ayuda y la vigilancia de los padres de familia*, cerca del hogar, de modo que el padre y la madre no pierdan de vista al niño.

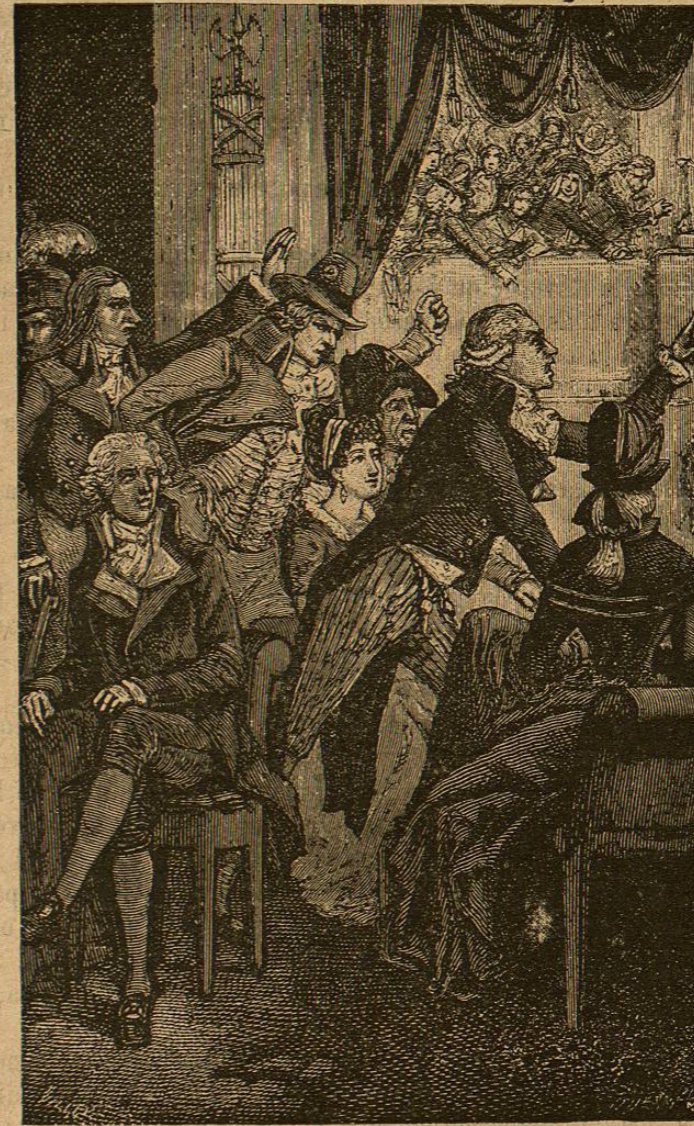
Si este es pobre se le mantendrá en el mismo colegio. Desaparecerá el indigno espectáculo de que el hijo del pobre que es quien más necesita educarse é instruirse no sea admitido en los altos centros.



Algunas voces gritaron á los verdugos: «¡Cumplid con vuestro deber!» (Pág. 361)

¡Ah: yo abrigo la esperanza de que en la tierra desaparecerán los niños miserables y hambrientos! ¡Se persigue el mejoramiento social del hombre y es preciso que se piense en el pequeño! ¡Si se ha de sufrir, suframos nosotros los hombres, pero á los niños que son inocentes no

les debe faltar nada, que estén protegidos y garantidas sus vidas! Esta es la primera ley si ha de existir la patria, la *Patria* que decían los grie-



La Gironda propone la guerra contra la Gran Bretaña y se vota inmediatamente (1.º de Febrero). (Pág. 366)

gos, designando con respeto á los legisladores; si en la ley se trata de castigar los delitos del hombre, proteged al niño y veréis cuan pronto se suprimirá aquella ley.

Una de las antiguas bárbaras creencias era la de considerar culpa-

ble al niño desde el momento que había nacido: culpable de un pecado que no había cometido y que por lo mismo no debía expiarlo; si se admite la enormidad teórica de creer que un niño ha nacido culpable, se admitirá también la brutal práctica de ver en el origen del nacimiento el porvenir de un ser.

La educación en la Edad Media era *Castigo*. Castigar las cosas insignificantes, es la obra de Dios. ¡Y Dios castiga á quien nada ha hecho!

¿Oís los gritos, los llantos de estas pobres criaturas? Están en la escuela; es el infierno de aquí abajo.

¡Tres veces benditas sean las cenizas del hombre honrado y cariñoso que dió á la Revolución este carácter educador y humanitario: que el niño no tenga más frío ni hambre, que se le eduque, se le instruya para que ame á la patria!

Los funerales de Lepelletier fueron solemnes.

Tuvieron, por decirlo así, algo del amor que él profesaba á los niños.

Detrás del cadáver, presidiendo los funerales, hallábase la hija de Lepelletier, la hija de la República, solemnemente adoptada por la Francia. Cerca de ella iban otros niños.

El cuerpo descubierto y sangriento, fué expuesto en la plaza de Vendome, donde el presidente de la Convención colocó una corona sobre la cabeza del cadáver; un federado de los departamentos derramó sus lágrimas y ternió por la Francia.

La comitiva numerosísima marchó por la calle de Saint-Honoré.

El duelo fué sincero. La Convención, la Comuna, toda la Francia revolucionaria lloraban, pero no fingidamente. El asesinato de Basville en Roma revelaba á los amigos de la libertad cuál era su porvenir. El derecho público no era nada; Francia vivía fuera de la ley del mundo. Se vió esto cuando en Rostadt, fueron sableados nuestros plenipotenciarios por los dragones austriacos. Se vió en Inglaterra, donde se organizó contra nosotros odiosa guerra, haciendo circular moneda falsa, asignados falsos, para arruinar á Francia, llevándola á la bancarrota, arrancándole el honor.

La ruina parecía sobrevenir. Mientras que por París se conducía el cadáver de Lepelletier, llevábanse á Londres las reliquias de Luis XVI, sus cabellos, los pañuelos manchados en su sangre. Eran las primeras banderas de una guerra que había de durar veinticinco años.

Nadie podrá calcular los grandes sacrificios que costará esta guerra.

La Francia no podía imaginar que diez millones de hijos suyos se desparramarían por toda Europa.

La Convención, la Comuna, siguiendo á Lepelletier, sabían que no tardaría en reunirse. Todos sustentaban esta creencia. Todos tenían medido el tiempo de su vida. Las banderas mostraban frecuentemente

negros velos. Los tambores batían con fúnebre solemnidad; las trompetas, conservando sus siniestras sordinas, producían sonidos graves como un canto á la muerte.

Seguros como estaban de que iban á perecer ¿habían de morir sin haber hecho nada útil? Quisieron dejar leyes; pero ¿qué son las leyes sin los hombres? ¿La Revolución no era otra cosa que la promulgación de una fórmula sublime legada á las generaciones futuras, inútil al mundo actual, hacia la cual se va siempre y siempre siguiendo un camino peligroso? Más de uno sustentó tan sombríos pensamientos.

Cuando llegaron al panteón, el hermano de Lepelletier, emocionado, pronunció una solemne oración fúnebre, prometiendo publicar su plan de educación, plan que nosotros, en nuestro profundo respeto, llamaremos la *Revolución de la Infancia*.

